Georg Bollenbeck, *Eine Geschichte der Kulturkritik. Von Rousseau bis Günther Anders*, Munich, Verlag C. H. Beck, 2007, 320 pp.

Desde hace ya un tiempo, Georg Bollenbeck se dedica a investigar en este terreno difícil de abarcar que es la cultura. Así, en los últimos años, este profesor de germanística y ciencias de la cultura de la Universidad de Siegen ha publicado algunos títulos significativos sobre esta temática: *Formación (Bildung) y cultura. Esplendor y miseria de un modelo alemán de interpretación*, en 1994, y *Tradición –vanguardia– reacción. Controversias alemanas en torno a la Modernidad cultural (1880-1995)*, en 1999. En el libro que aquí nos ocupa, centrado en el aspecto concreto de la crítica de la cultura, se puede constatar los extensos conocimientos sobre la historia cultural que el autor ha ido adquiriendo.

Bollenbeck comienza su última obra aceptando diversos sentidos de la crítica de la cultura: desde una visión amplia que incluye cualquier queja sobre aspectos concretos (Hesíodo, Séneca, crítica medieval de la corte...), hasta un sentido específico alemán de finales del siglo XIX que se centra en la crítica a la civilización frente a la cultura humanista. Ahora bien, desde un principio el autor deja claro que él se concentrará en una definición de la crítica de la cultura como un modo de reflexión propio de la Modernidad, que surgió principalmente en Europa con la Ilustración del siglo XVIII, y que lo hizo en discusión con sus pretensiones de un progreso lineal de la historia.

Sobre este modo de reflexionar, Bollenbeck intenta bosquejar unas características principales: la actitud del intelectual que adopta cierta distancia con respecto al mundo académico y que se propone llegar al gran público; el predominio de un pensamiento sobre la historia en tres etapas, el cual se distingue por el elogio de un pasado glorioso, la desaprobación del presente decadente y las perspectivas de un futuro esperanzador; y los efectos importantes que las obras de los grandes críticos de la cultura han tenido en las más diversas disciplinas y corrientes sociales.

Posteriormente, el autor dedica dos largos capítulos a presentar la obra de los que, según él, son los tres críticos más grandes de la cultura que han existido en la historia occidental: Jean-Jacques Rousseau, Friedrich Schiller y Friedrich Nietzsche.

Para empezar, Bollenbeck trata a Rousseau, ese “heraldo solitario de la verdad”, como el iniciador de la crítica moderna de la cultura. Su primera obra importante en este sentido es el *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres* (1755). En este escrito, Rousseau responsabiliza al hombre de los males que existen en el mundo contemporáneo, sobre

todo de las desigualdades injustas. Y a tal realidad le contraponen la existencia de un estado de naturaleza situado en un pasado remoto: un estado en el que la naturaleza suministraba al hombre todo lo que éste necesitaba (alimento, pareja y tranquilidad); un estado que sirve a Rousseau para señalar una identidad originaria no destruida del todo, la cual todavía pueda ser proyectada para conseguir un futuro más justo y solidario.

La esperanza de este futuro mejor la presentó Rousseau en dos obras ulteriores: el *Emilio* (1762), donde se muestra una nueva manera de entender la educación, y *El contrato social* (1762), en el que aparece un modelo alternativo para la vida política.

En segundo lugar, el autor se ocupa de Schiller, ese pensador decepcionado de la Revolución francesa que situó la supuesta edad de oro de la humanidad en la Atenas clásica, una época en la que, según él, predominaba una concepción completa del hombre (espíritu más cuerpo) que contrasta con las escisiones a las que vive sometido el sujeto moderno. A partir de este paradigma, en su ensayo *La educación estética del hombre* (1795), Schiller ofrece un proyecto educativo para el individuo del futuro, basado en el cultivo de la belleza por medio del arte; un proyecto que, según Schiller, también tendría que ser capaz de proporcionar libertad política.

Después de haberse dedicado al escritor de Weimar, Bollenbeck recorre la presencia de la crítica de la cultura en algunos aspectos de corrientes y autores del siglo XIX: a) el sentido estético de los románticos; b) la filosofía de la historia de Hegel; c) la economía política de Marx; y, en el mundo anglosajón, d) la desaprobación de la industrialización por parte de autores de la época victoriana: Thomas Carlyle, John Ruskin y Arnold Matthew. En todos estos casos, el autor observa una expresión aminorada de la crítica de la cultura.

Siguiendo con la exposición cronológica, según Bollenbeck no es hasta finales del siglo XIX, con la crisis definitiva de la era liberal, cuando encontramos la tercera de las grandes figuras de la crítica de la cultura: Nietzsche. Este filósofo “íntegro y solitario” analiza y juzga la cultura a partir de la pauta de la filosofía de la vida. Así, en él, el esquema en tres tiempos adquiere el siguiente contenido: el pasado glorioso corresponde a la época presocrática con su afirmación de lo dionisiaco; el presente decadente y nihilista empezó con Sócrates, y el futuro prometedor comenzará con el superhombre.

Sin embargo, a diferencia del porvenir augurado por sus dos grandes predecesores, el futuro esbozado por Nietzsche no será para toda la humanidad, sino que estará reservado a unos privilegiados, esto es, a aquellos seres más fuertes a los que el resto tendrá que servir con el fin de que se pueda alcanzar un nivel más elevado de cultura.

Más adelante, Bollenbeck explica la importancia de la crítica de la cultura en tres grandes grupos del siglo XX: los intelectuales de derechas, la sociología alemana y los intelectuales de izquierdas.

Por lo que se refiere al primer grupo, Oswald Spengler y Ernst Jünger son sus máximos representantes. De esta forma, en su obra *La decadencia de Occidente* (1918-1922), Spengler sitúa la Roma imperial como piedra de toque para valorar la crisis occidental, y vaticina el advenimiento de un Estado autoritario con un socialismo sin Marx. Y de modo similar, Ernst Jünger, en *El trabajador* (1932), aboga por un nacionalismo soldadesco, una sociedad totalitaria del trabajo que no tolera ninguna contradicción interior para poderse afirmar así más agresiva hacia el exterior.

Teniendo como perspectiva la fecha 1933, año en el que Hitler subió al poder en Alemania, el autor considera que se puede trazar una línea en la crítica de la cultura que va de Nietzsche a Spengler y Jünger. No obstante, si bien Nietzsche todavía había mostrado cierta ambivalencia en relación con los valores ilustrados, es evidente que Spengler y Jünger se opusieron a la Ilustración y rompieron con la tradición humanista.

En cuanto a la sociología alemana, Bollenbeck piensa que la recepción que ésta ha hecho de la tradición humanista de la formación (*Bildung*) la distingue de la sociología de otros países, y hace que en ella la cultura desempeñe un papel más importante.

Entre los sociólogos alemanes, el autor subraya tres: Ferdinand Tönnies, y su interés en construir nuevas formas de organización social (*Comunidad y sociedad*, 1887); Georg Simmel, y la crítica a la destrucción de la identidad causada por la división del trabajo, la técnica y el dinero, así como la confianza en la fuerza regeneradora del arte (*Filosofía del dinero*, 1900); y Max Weber, y su crítica a la razón instrumental, así como la fidelidad al ideal de la personalidad (*Economía y sociedad*, 1921-1922).

Y con respecto a los intelectuales de izquierdas, Bollenbeck comenta en primer lugar el ejemplo de Günther Anders, un caso excepcional por ser el único representante en todo el siglo xx de un filósofo que se ha dedicado íntegramente a la crítica de la cultura. En sus escritos, Anders hace un examen incisivo de los signos nihilistas de nuestro tiempo: Auschwitz, Hiroshima, los medios de comunicación, la sociedad consumista... Y acaba depositando las últimas esperanzas en la libertad humana.

Otro ejemplo de intelectual de izquierdas en el que la crítica de la cultura ha sido primordial es el neomarxista Georg Lukács, el cual ve en la conciencia de clase la posibilidad de relaciones no cosificadas (*Historia y conciencia de clase*, 1923).

Y un tercer caso de pensadores de izquierdas son los autores de la Teoría Crítica de la Escuela de Frankfurt, sobre todo Theodor Adorno, con su reprobación de la industria cultural, en la que, sin embargo, todavía se atisba la perspectiva de una “vida feliz” (*Crítica de la cultura y sociedad*, 1951).

En general, se puede decir que tanto los intelectuales de derechas como los de izquierdas critican el proceso de racionalización de la Ilustración y de la

civilización. Pero los intelectuales de izquierdas, a diferencia de los de derechas, acaban pidiendo no menos Ilustración, sino más.

Al final del libro, en un breve capítulo titulado “¿Anticuado y sin embargo ineludible?”, Bollenbeck hace un diagnóstico de la crítica de la cultura de nuestro tiempo. Allí, el autor reconoce que se ha terminado la época de las grandes obras de la crítica de la cultura. Las causas principales son, según él, que la aceptación de la sociedad de consumo, la estabilización de la democracia parlamentaria y la erosión de la burguesía de la *Bildung* han hecho que la crítica de la cultura haya perdido la caja de resonancia de la que disponía. Con todo, hoy en día, los intelectuales de izquierdas, en sus juicios, se ven obligados a distinguir entre diferentes procesos de modernización. Ejemplos de este comportamiento los encontramos en autores como: Jürgen Habermas, Ulrich Beck, Anthony Giddens, Richard Sennett y Zygmunt Bauman.

En palabras del mismo Georg Bollenbeck: “Los tiempos de los grandes proyectos de la crítica de la cultura pueden haber pasado. Pero todavía permanece viva la fuerza estimuladora del pensamiento de la crítica de la cultura. Quizás por eso el concepto actúa hasta hoy de manera vaga e ineludible”.¹

En conclusión: es éste un libro con amplios conocimientos y riguroso, que muestra el sentido de leer y releer los clásicos de la filosofía para poder ejercer con más propiedad actividades como la crítica de la cultura, la cual, bajo nuevas formas, sigue siendo de actualidad.

Carles Rius Santamaria

1. Página 275.